



(Re)configuraciones: estrategias proyectuales desde la transformación relacional

(Re)configurations: Design Strategies Based on Relational Transformation

Pedro Moncayo Torres^{*}

Investigador Independiente, Ecuador
pedromoncayotorres@gmail.com

Received: 2026-04-13
Accepted: 2026-05-15
Published: 2026-06-30

Palabras clave: Proyecto arquitectónico, Relaciones espaciales, Reutilización adaptativa, Análisis diagramático, Transformación relacional.

Resumen | Este artículo propone una aproximación al proyecto arquitectónico desde la transformación relacional, entendida como una forma de proyectar que desplaza la atención desde la forma y la función hacia la organización de relaciones espaciales, programáticas y contextuales. Desde esta perspectiva, la arquitectura se concibe menos como producción de objetos autónomos que como una práctica capaz de establecer, intensificar, reorganizar o mediar relaciones dentro de un sistema determinado.

A partir de esta posición, el texto identifica tres estrategias recurrentes en la práctica proyectual del autor: microintervenciones, abordaje de las preexistencias y organizadores dinámicos. Estas no se presentan como categorías tipológicas ni como fases secuenciales del proceso de proyecto, sino como modos operativos aplicables tanto a obras de nueva implantación como a intervenciones sobre estructuras heredadas. Su valor reside en la capacidad de alterar jerarquías, activar conexiones, reprogramar relaciones existentes y producir nuevas articulaciones dentro del conjunto.

El artículo se apoya en una producción diagramática propia, utilizada no como simple representación de resultados, sino como instrumento de lectura. Los diagramas permiten hacer visibles operaciones recurrentes y mostrar que la forma y la función emergen como efectos de una organización previa de relaciones.

Keywords: Relational design; operative strategies; pre-existing conditions; micro-interventions; dynamic organizers; diagrammatic thinking.

Abstract | This article advances a relational approach to architectural design, understood as a mode of practice that shifts attention away from form and function as primary determinants and towards the organization of spatial, programmatic, and contextual relations. From this standpoint, architecture is conceived less as the production of autonomous objects than as an operative practice capable of establishing, intensifying, reorganizing, and mediating relations within a given system.

Within this framework, the article identifies three recurrent strategies in the author's design practice: micro-interventions, the engagement of pre-existing conditions, and dynamic organisers. These are not presented as typological categories or as sequential stages

in the design process, but as operative modes applicable to both new constructions and interventions on inherited structures. Their significance lies in their capacity to reconfigure hierarchies, activate connections, reprogramme existing relations, and produce new articulations within the project as a whole.

The discussion is supported by the author's own diagrammatic production, understood not merely as a representational device but as an analytical instrument. In this sense, the diagrams render recurrent operations legible and demonstrate that form and function emerge as effects of a prior relational organisation.

Introducción

La arquitectura ha sido pensada con frecuencia desde la forma, la composición y la función como principios capaces de ordenar el proyecto desde su origen. En la tradición moderna, esta orientación encontró una formulación paradigmática en la conocida frase de Louis Sullivan —“form ever follows function”—, que condensó la aspiración de entender el proyecto como la traducción formal de una lógica funcional previa (Sullivan, 1896).

En las historias críticas del movimiento moderno, Kenneth Frampton muestra cómo esa tradición terminó por consolidar una comprensión del proyecto apoyada en ideales de racionalidad, orden y adecuación programática, en la que la forma aparecía estrechamente ligada a la resolución funcional del edificio (Frampton, 2020).

Sin embargo, buena parte de la práctica contemporánea se desarrolla sobre realidades menos estables: estructuras heredadas, normativas superpuestas, programas cambiantes, tejidos urbanos fragmentados y sistemas espaciales atravesados por múltiples escalas de interacción. En esos contextos, proyectar difícilmente puede reducirse a la configuración de un objeto autónomo, pues supone asumir una condición compleja y a menudo contradictoria que no puede resolverse mediante simplificaciones reductoras (Tschumi, 1994/1994; Venturi, 1966/2002).

Desde la segunda mitad del siglo XX, distintas críticas a la ortodoxia moderna pusieron en cuestión la suficiencia de reducir la arquitectura a una relación lineal entre forma y función. En esa inflexión, el problema dejó de ser únicamente cómo organizar un objeto o distribuir un programa, para pasar a interrogar las condiciones más amplias en las que el proyecto se inscribe: el contexto, la experiencia, las dinámicas urbanas, la coexistencia de escalas y la interacción entre sistemas diversos. Como parte de ese desplazamiento, Charles Jencks identificó el agotamiento de la ortodoxia moderna y la emergencia de una sensibilidad más plural, abierta a la complejidad, la superposición y la coexistencia de lógicas heterogéneas (Jencks, 2011).

En una línea convergente, Stan Allen ha mostrado cómo ciertos edificios contemporáneos pueden entenderse como totalidades coherentes pero diferenciadas, capaces de admitir variaciones locales sin perder consistencia general (Allen, 2016). No se trataba ya de abandonar la forma o la función, sino de reconocer que ambas resultaban insuficientes como principios autosuficientes de comprensión del proyecto.

Este artículo se sitúa precisamente en ese punto y sostiene que la arquitectura no puede seguir entendiéndose fundamentalmente ni como forma ni como función, sino como relación. Ello no implica negar la importancia de la forma ni del programa, sino desplazar su estatuto. Ambos dejan de operar como fundamentos autónomos para ser comprendidos como efectos parciales de una organización relacional más amplia. Desde esta perspectiva, el proyecto arquitectónico no se define ante todo por la resolución de un objeto, sino por su capacidad de establecer, intensificar, reorganizar o mediar vínculos espaciales, programáticos, estructurales y urbanos. En consecuencia, la arquitectura puede leerse menos como la producción de entidades cerradas que como una práctica de organización relacional.

Desde esta posición, el presente texto propone el concepto de transformación relacional como una categoría operativa para abordar el proyecto arquitectónico. A partir

de ella, identifica tres estrategias recurrentes —microintervenciones, abordaje de las preexistencias y organizadores dinámicos—, no como reglas ni como fases de un método, sino como formas de acción a través de las cuales el proyecto adquiere coherencia al reorganizar sus vínculos internos y externos. La producción diagramática que acompaña el texto no cumple aquí una función meramente representativa, sino analítica: permite hacer visibles esas operaciones y reconocer, en proyectos diversos, una misma lógica de trabajo.

Los proyectos reunidos en este artículo no se presentan como casos de estudio en sentido convencional ni como objetos de análisis autónomo, sino como ejemplos proyectuales a través de los cuales las estrategias aquí discutidas pueden hacerse legibles. Más que ilustrar de manera secundaria una teoría previamente dada, estos trabajos permiten reconocer, contrastar y precisar criterios operativos que han ido decantándose en la práctica proyectual y que aquí se formulan en términos conceptuales.

Transformación relacional

La noción de transformación relacional se plantea aquí como una categoría operativa para pensar el proyecto arquitectónico desde la reorganización de las relaciones que lo constituyen. Su interés no radica en sustituir unas variables por otras, sino en desplazar el foco desde los atributos aislados del objeto hacia las tramas de articulación que vinculan partes, programas, secuencias, sistemas materiales, condiciones preexistentes y escalas de inserción. En este marco, la arquitectura no se comprende a partir de elementos discretos previamente estabilizados, sino a partir de los modos en que estos se ordenan, se tensan, se compatibilizan o se transforman dentro de una estructura espacial determinada.

Este desplazamiento encuentra resonancia en discusiones recientes sobre pensamiento relacional en arquitectura, en las que la disciplina deja de entenderse desde paradigmas estáticos y centrados en la forma para pensarse como un campo dinámico de interacciones entre conocimiento, práctica y contexto (Karamaz & Polatoğlu Serter, 2025).

Fuera del campo arquitectónico, la noción de organización formulada por Jacques Monod permite pensar sistemas capaces de admitir variaciones sin perder consistencia; es decir, estructuras cuya estabilidad no depende de la inmovilidad de sus partes, sino de la lógica que articula sus relaciones (Monod, 2019). Traída a esta discusión, esa idea permite subrayar que la consistencia del proyecto no reside exclusivamente en la estabilidad de su forma ni en la claridad de su programa, sino en la cualidad de las relaciones que es capaz de producir y sostener.

Desde esta perspectiva, la coherencia del proyecto no depende necesariamente de la clausura de una totalidad unitaria, sino que puede emerger de sistemas de articulación capaces de organizar diferencias sin perder consistencia.

Al mismo tiempo, la totalidad deja de entenderse como una completud formal cerrada para pensarse como una condición de coherencia producida por relaciones, secuencias, diagramas y procesos (González de Canales, 2016). La transformación relacional no designa, por tanto, una técnica específica ni una operación excepcional, sino una forma de acción proyectual en la que la coherencia emerge de la articulación entre elementos heterogéneos más que de la clausura de una forma autosuficiente.

Pensar el proyecto en términos relacionales no implica la eliminación de la forma, sino una reconsideración de su estatuto. En Bourriaud, la forma deja de entenderse como una entidad cerrada y autosuficiente para aparecer como una configuración que se produce en la interacción, en el encuentro y en la copresencia que hace posible (Bourriaud, 1998/2008).

Lo relacional no designa, por tanto, la negación de la forma, sino una manera distinta de comprenderla: ya no como principio autosuficiente de organización, sino como el efecto provisional de un conjunto de vínculos. Trasladada al campo arquitectónico, esta perspectiva permite sostener que la consistencia formal del proyecto no depende únicamente de su configuración visible, sino de la mane-

ra en que articula continuidades, diferencias, encuentros y modos de uso. La forma no desaparece, pero deja de ocupar el lugar de principio único de inteligibilidad del proyecto.

Este desplazamiento obliga también a reconsiderar el estatuto del espacio dentro del proyecto. Desde la perspectiva de Henri Lefebvre, el espacio no puede entenderse como un soporte neutro, vacío y disponible para recibir una forma o un programa previamente definidos, sino como una realidad producida a través de relaciones, prácticas y estructuras sociales (Lefebvre, 2013). Trasladada al campo arquitectónico, esta formulación permite sostener que el proyecto no opera sobre un fondo indiferenciado, sino sobre un campo de condiciones ya estructurado y, al mismo tiempo, susceptible de transformación.

La transformación relacional no recae, por tanto, sobre una materia pasiva, sino sobre las lógicas de articulación que hacen posibles determinadas configuraciones espaciales, usos y jerarquías. En este sentido, el espacio no constituye un dato previo al proyecto: es aquello que el proyecto mismo produce, organiza y transforma.

Esta lógica no se limita, además, a la escala interna del edificio. Puede reconocerse tanto en la organización de las relaciones entre partes como en la articulación entre edificio, contexto y sistemas urbanos más amplios, ya sea en su proyección hacia la ciudad (Caldeira, 2016) o en la necesidad de una lectura que atienda simultáneamente a distintas escalas sin anular unas en favor de otras (McLeod, 2016).

La transformación relacional no depende, por tanto, de una escala fija, sino de la capacidad del proyecto para volver operativos vínculos que solo se hacen plenamente legibles al observarse en distintos niveles. Proyectar, desde esta perspectiva, no equivale a disponer elementos sobre un soporte neutro ni a resolver una forma cerrada, sino a intervenir en un campo de interdependencias cuya modificación produce nuevas condiciones de coherencia, uso y organización.

Entendida así, la transformación relacional adquiere sentido no solo como marco con-

ceptual, sino como criterio de lectura de operaciones proyectuales concretas. El apartado siguiente desarrolla tres formas operativas en las que esta lógica se hace legible: microintervenciones, abordaje de las preexistencias y organizadores dinámicos.

Estrategias operativas

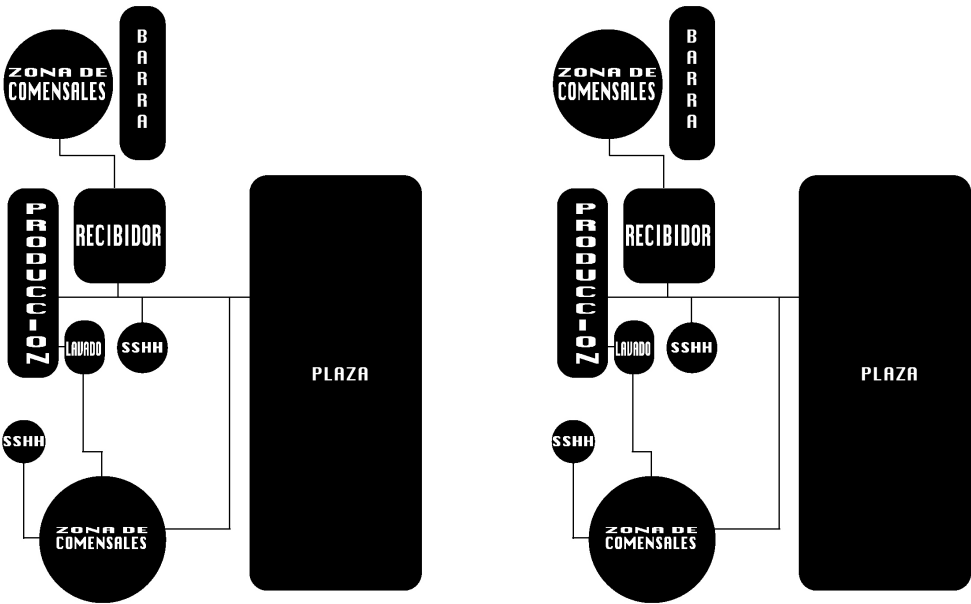
Las categorías que siguen no se presentan como tipologías ni como fases de un método, sino como estrategias operativas mediante las cuales la transformación relacional se hace legible en el proyecto. En este sentido, resulta útil entender el proyecto a través de procedimientos recurrentes de acción (Moneo,

2004), y situarlo en un desplazamiento disciplinar más amplio desde marcos paradigmáticos hacia lógicas estratégicas de organización y efecto (García-Germán, 2012).

1.1. Microintervenciones

La microintervención puede entenderse como una operación de baja magnitud material, pero de alta incidencia sobre la organización general del sistema. Su importancia no radica en la dimensión física de la modificación, sino en su capacidad para reconfigurar relaciones existentes, alterar jerarquías espaciales, intensificar conexiones o activar nuevas compatibilidades programáticas.

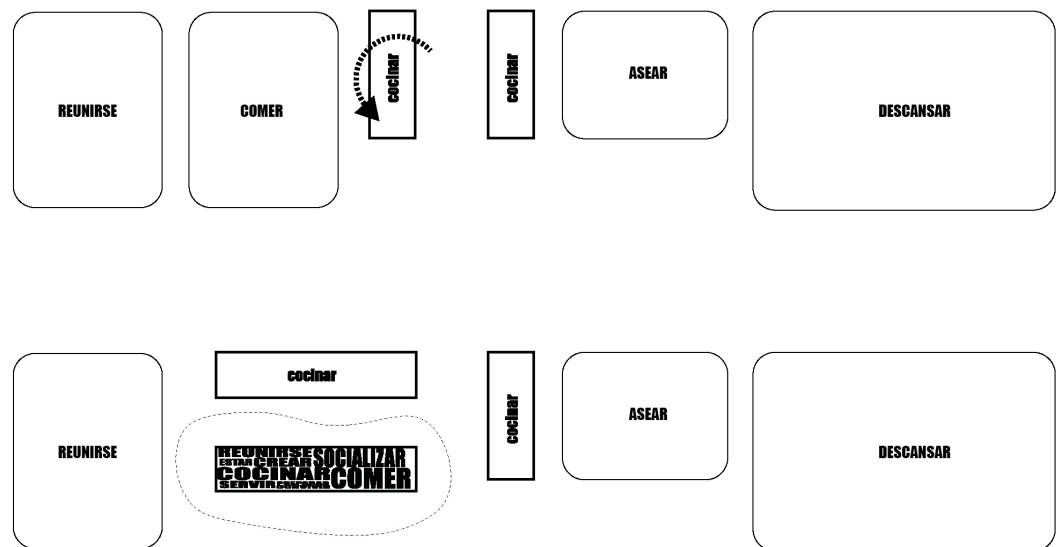
Figura 1: Diagrama de microintervención. (2023)
Nota. Proyecto de referencia: Moli.



En este contexto, lo “micro” no alude a la escala del proyecto, sino a la proporción de la intervención respecto del conjunto sobre el que actúa. Una decisión puntual puede desencadenar transformaciones significativas en el comportamiento general del sistema cuando modifica estratégicamente su estructura relacional. El desplazamiento de un vacío, la reubicación de un núcleo, la apertura de una conexión o la redefinición de un umbral pueden operar, así, como acciones mínimas con efectos amplificados sobre la configuración espacial.

Figura 2: Reconfiguración relacional del sistema doméstico mediante desplazamiento y reorientación del núcleo de cocina. (2025)

Nota: Proyecto de referencia: Caja Blanca.



Esta comprensión puede ponerse en diálogo con discusiones recientes sobre estructuras abiertas al cambio y sistemas relacionales operativos. Rohner y Sosa señalan que ciertas microacciones, aun sin alterar extensamente la configuración material del conjunto, pueden reforzar su capacidad adaptativa al incidir sobre relaciones, intercambios y puntos sensibles de articulación (Rohner & Sosa, 2025). En otra dirección, la posibilidad de admitir especificidades locales sin perder consistencia general permite entender que una alteración puntual puede incidir sobre la lógica del conjunto cuando actúa sobre una articulación decisiva (Allen, 2016).

La eficacia de esta estrategia depende, por tanto, de una lectura relacional previa capaz de identificar puntos críticos cuya incidencia excede su propia dimensión material. En los diagramas que acompañan este artículo, esta condición se hace visible en operaciones puntuales que alteran el equilibrio general del proyecto. La introducción o el desplazamiento de un elemento de relación, la apertura estratégica de un espacio de intercambio o la redefinición de una transición muestran cómo una intervención mínima puede reconfigurar jerarquías internas y modificar la intensidad de los vínculos entre partes previamente desconectadas.

Más que una reducción cuantitativa de la intervención, la microintervención remite así a una operación precisa sobre puntos de alta incidencia relacional. Su valor reside en la

capacidad de transformar el sistema a partir de una acción acotada, concentrando la operación proyectual en aquellos lugares donde la modificación de un vínculo puede reordenar el conjunto.

1.2. Abordar las preexistencias

La segunda estrategia reconoce la preexistencia como una condición activa del proyecto y no como un dato pasivo o un obstáculo a resolver. Abordar las preexistencias implica operar sobre estructuras heredadas —materiales, espaciales, normativas, programáticas o contextuales— entendidas como parte constitutiva del campo de acción proyectual.

Esta estrategia no se reduce a conservar elementos existentes ni a adaptar funcionalmente una estructura previa. Su interés reside en la posibilidad de reinterpretar, reorganizar o intensificar relaciones ya presentes en el sistema. Desde esta perspectiva, la preexistencia se convierte en soporte operativo: un campo de tensiones, continuidades, restricciones y oportunidades que puede ser leído críticamente para orientar nuevas decisiones de proyecto.

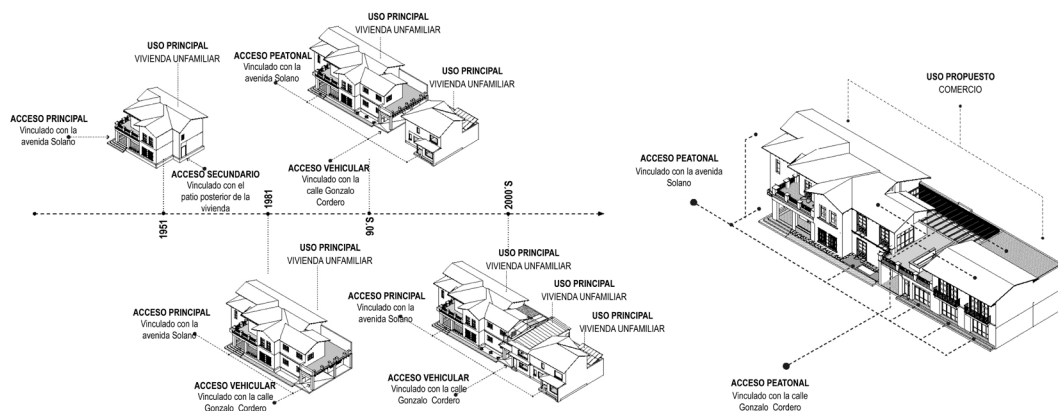


Figura 3: Lectura y activación de preexistencias mediante reorganización de accesos, soportes existentes y nuevo uso propuesto. (2023)

Nota: Proyecto de referencia: Casa Solano.

Esta comprensión puede ponerse en diálogo con la discusión contemporánea sobre *adaptive reuse*, entendida como un campo en el que intervenir sobre lo existente no implica únicamente modificar un soporte material disponible para nuevos usos, sino establecer una relación con las condiciones tangibles e intangibles que configuran el lugar: su espesor histórico, sus lógicas constructivas, sus componentes culturales y las formas de apropiación acumuladas en el tiempo (Stone, 2023).

Aunque esta estrategia adquiere una presencia evidente en procesos de rehabilitación o readaptación, su alcance no se limita a ellos. También en la obra nueva existen condiciones previas que operan como materia activa de proyecto: la topografía, la trama urbana, la normativa, los patrones de uso, los

modos de acceso o las lógicas de ocupación consolidadas. En todos estos casos, abordar las preexistencias supone incorporar aquello que antecede al proyecto como parte estructurante de su formulación. En esta dirección, una lectura del contexto atenta a múltiples escalas permite entender que esas condiciones previas no se agotan en la materialidad inmediata del sitio, sino que incluyen relaciones más amplias entre entorno, uso, historia y procesos urbanos (McLeod, 2016).

La operación proyectual consiste, por tanto, en establecer una relación productiva con lo preexistente, evitando tanto su negación total como su aceptación acrítica. Más que superponerse a un estado previo, el proyecto actúa sobre un sistema dado para reorganizar sus vínculos desde una nueva estructura relacional.

Figura 4: Reprogramación de la Preexistencia mediante su Articulación con la Plaza y los Espacios de Intermediación. (2017)

Nota: Proyecto de referencia: Casa San Francisco.



Los diagramas vinculados a esta estrategia permiten hacer visible esa lectura de capas, tensiones y soportes previos. Más que documentar un estado existente, ponen en evidencia la manera en que el proyecto reconoce condiciones heredadas y las incorpora como parte activa de una nueva organización. La preexistencia deja así de operar como una limitación externa para incorporarse como materia activa de proyecto.

Desde esta perspectiva, abordar las preexistencias no significa proyectar sobre un fondo inmóvil, sino operar sobre una realidad ya estructurada, cuyas relaciones pueden ser reinterpretadas y reorganizadas. El proyecto adquiere entonces espesor al establecer una relación crítica con aquello que lo antecede.

1.3. Organizadores dinámicos

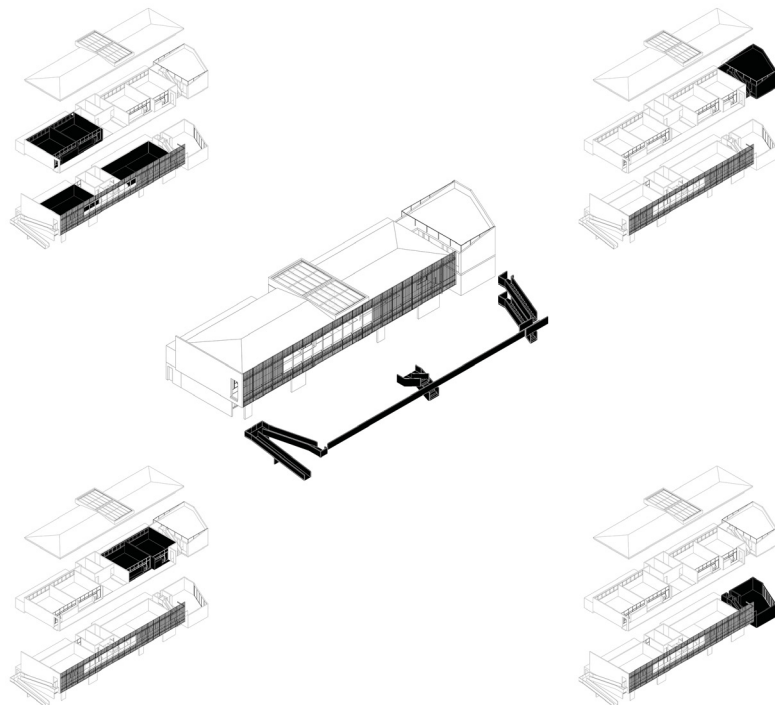
La tercera estrategia se refiere a la introducción de un elemento, sistema o dispositivo capaz de reorganizar el conjunto a partir de su capacidad articuladora. Los organizadores dinámicos no operan como piezas autónomas ni como elementos aislados dentro de la composición, sino como estructuras relacionales que redistribuyen jerarquías, orientan flujos, vinculan programas y producen nuevos órdenes internos.

Su carácter dinámico proviene de su condición activa dentro del sistema. Más que resolver una función específica, actúan como catalizadores de múltiples relaciones. Pueden manifestarse como núcleos, patios, barras programáticas, vacíos articuladores, ejes de circulación, sistemas estructurales o dispositivos espaciales híbridos, siempre que su presencia sea capaz de inducir reorganizaciones a escala del conjunto.

A diferencia de la microintervención, cuya lógica se basa en una incidencia puntual, el organizador dinámico introduce un principio de orden más explícito, sin que ello implique rigidez ni determinación absoluta. Su función consiste en orientar el proyecto, concentrar tensiones y distribuir conexiones, permitiendo que distintas partes del sistema adquieran coherencia a partir de una relación compartida.

Figura 5: *Organizador dinámico como estructura articuladora del conjunto.*
(2024)

Nota: Proyecto de referencia:
Centro de Capacitaciones Dr.
Enrique Sánchez.



Esta estrategia resulta especialmente pertinente en proyectos donde la complejidad programática o la necesidad de articular ámbitos heterogéneos exige un mecanismo capaz de vincular partes diversas sin anular su especificidad. En este sentido, ciertas lecturas recientes han subrayado el papel de la circulación y del movimiento como estructuras capaces de articular la experiencia arquitectónica y reorganizar el espacio más allá de su mera función conectiva (Ockman, 2016).

En otra escala, la posibilidad de que un elemento organizador extienda su incidencia más allá de sus límites inmediatos permite entender que estos dispositivos pueden articular no solo relaciones internas, sino también vínculos con sistemas urbanos más amplios (Caldeira, 2016). El organizador dinámico no homogeniza el sistema; lo estructura.



Figura 6: *Organizador dinámico como estructura de intermediación capaz de articular programas diversos entre la plaza y el interior del conjunto. (2025)*

Nota: Proyecto de referencia: Casa Galería, Centro Histórico de Quito

En los diagramas asociados a esta estrategia, el organizador aparece como un elemento capaz de inducir nuevas relaciones más allá de su propia materialidad. No importa únicamente su forma o posición, sino la red de vínculos que activa: recorridos, concentraciones, transiciones, articulaciones programáticas o conexiones urbanas. El proyecto se organiza entonces en torno a una estructura capaz de dar dirección y cohesión al conjunto.

Los organizadores dinámicos permiten comprender que el orden del proyecto no depende únicamente de la suma de partes, sino de la existencia de una estructura capaz de articularlas. Su relevancia reside en producir coherencia sin clausurar la diversidad interna del sistema.

Discusión y conclusiones

La transformación relacional, entendida aquí como marco para abordar el proyecto arquitectónico, permite desplazar la atención desde la configuración aislada del objeto hacia

la organización de vínculos espaciales, programáticos y urbanos. Bajo esta perspectiva, el proyecto no se define exclusivamente por su materialidad, su escala o su respuesta funcional inmediata, sino por su capacidad para establecer, intensificar y reorganizar relaciones dentro de un sistema determinado.

Desde esta posición, la oposición tradicional entre forma y función resulta insuficiente como estructura principal de comprensión del proyecto. Ambas han sido entendidas con frecuencia como polos capaces de orientar la arquitectura desde su origen: la forma, como expresión autónoma de una voluntad compositiva, y la función, como principio organizador derivado del programa. Sin embargo, en el marco aquí propuesto, ni la forma ni la función constituyen el verdadero punto de partida del proyecto. Ambas pueden entenderse, más bien, como efectos o resultados de una organización previa de relaciones.

Ello implica reconocer que el proyecto arquitectónico no surge de la simple resolución de un programa ni de la imposición de una for-

ma sobre un soporte dado. El programa mismo deja de ocupar un lugar esencial o determinante para asumirse como un componente más dentro de una red compleja de relaciones, en interacción con otras condiciones del sistema. La arquitectura no solo aloja funciones: también puede concentrarlas, superponerlas y ponerlas en relación, produciendo nuevas formas de coexistencia dentro del conjunto (Koolhaas, 1978).

Las tres estrategias desarrolladas en este artículo —microintervenciones, abordaje de las preexistencias y organizadores dinámicos— adquieren sentido precisamente en ese desplazamiento. No se presentan como categorías cerradas ni como fases sucesivas de un método, sino como formas operativas que permiten describir de qué manera el proyecto actúa sobre los vínculos que hacen posible su organización. En este sentido, la aportación del texto no consiste en proponer una secuencia metodológica universal, sino en ofrecer una lectura conceptual del proyecto arquitectónico desde su dimensión relacional.

La producción diagramática que acompaña este artículo no cumple una función demostrativa autónoma ni constituye un conjunto de casos de estudio en sentido convencional. Su papel consiste en hacer visible una forma de pensamiento proyectual: una manera de comprender el proyecto a través de relaciones, operaciones y estructuras de organización. Más que verificar externamente la hipótesis, los diagramas permiten acompañar la argumentación teórica, clarificarla y mostrar cómo esta puede hacerse legible desde la práctica del proyecto.

Por lo tanto, proyectar desde la transformación relacional constituye una vía operativa para abordar la complejidad del proyecto arquitectónico, al entender que tanto la forma como la función emergen de una organización previa del sistema y no de una determinación aislada de sus partes. La principal aportación del artículo consiste en proponer una lectura del proyecto en la que el espacio no aparece como soporte pasivo, sino como una realidad que se organiza se produce y se transforma a través de relaciones.

Referencias bibliográficas

- Allen, S. (2016). Radical Solitudes. En J. Aragüez (Ed.), *The Building* (pp. 72-75). Lars Müller Publishers.
- Bourriaud, N. (2008). *Estética relacional* (Segunda edición). Adriana Hidalgo editora. (Obra original publicada en 1998)
- Caldeira, M. (2016). The Building Is the City Is the Building. En J. Aragüez (Ed.), *The Building* (pp. 216-223). Lars Müller Publishers.
- Frampton, K. (2020). *Modern architecture: A critical history* (Fifth edition). Thames & Hudson Inc.
- García-Germán, J. (2012). *Estrategias operativas en arquitectura*. Editorial Nobuko.
- Jencks, C. (2011). *The story of post-modernism: Five decades of the ironic, iconic and critical in architecture* (1. publ). Wiley.
- Kararmaz, Ö., & Polatoğlu Serter, Ç. (2025). From Dots and Lines to Connections: Re-Evaluation of Relational Thinking in Architecture. *Buildings*, 15(14), 2548. <https://doi.org/10.3390/buildings15142548>
- Koolhaas, R. (1978). *Delirious New York: A retrospective manifesto for Manhattan*. Oxford University Press.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio* (Primera Edición). Capitán Swing.
- McLeod, M. (2016). Context and Scale. En Aragüez (Ed.), *The Building* (pp. 256-259). Lars Müller Publishers.
- Moneo, R. (2004). *Theoretical Anxiety and Design Strategies in the Work of Eight Contemporary Architects* (G. Carino, Trad.; Illustrated edition). The MIT Press.
- Monod, J. (2019). *El azar y la necesidad* (Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna) (2da edición). Tusquets Editores.
- Ockman, J. (2016). Circulation System. En J. Aragüez (Ed.), *The Building* (pp. 232-234). Lars Müller Publishers.
- Rohner, E. A., & Sosa, J. A. (2025). ESTRUCTURAS ABIERTAS AL CAMBIO. LA TRASCENDENCIA DE LO RELACIONAL. *Proyecto, progreso, arquitectura*, (32), 86-99. <https://doi.org/10.12795/ppa.2025.i32.05>
- Stone, S. (2023). Notes towards a Definition of Adaptive Reuse. *Architecture*, 3(3), 477-489.
- <https://doi.org/10.3390/architecture3030026>
- Sullivan, L. H. (1896, marzo). The Tall Office Building Artistically Considered. *Lippincott's Magazine*, 57, 403-409.
- Tschumi, B. (1994). *Architecture and Disjunction* (Primera edición). MIT Press. (Obra original publicada en 1994)
- Venturi, R. (2002). *Complexity and Contradiction in architecture* (Segunda edición). The Museum of Modern Art (MoMA). (Obra original publicada en 1966)

